

tabis donec veniam ad te (Reg. 13. v. 8.) Vá Saúl, espera, y entretanto vafe acercando contra él el Exercito Filistéo: empezase à commover el pueblo, llega el septimo dia señalado, el aprieto hacia siglos los instantes de dilacion. Mira si viene Samuél; no parece. Avivanse en su corazon las congojas. Mira si llega el Sacerdote; no viene. Determinase en fin, y ofrece el mismo Saúl por su mano el sacrificio. El que acaba, y Samuél que llega: ò que te estaba esperando, y como ví que no acababas de venir, ahora, ahora acabo yá de ofrecer el sacrificio. ¿Qué has hecho, desventurado de tí? *Stulte egisti*: pues no me aguardaras? no te dixes que siete dias? Se han pasado? No; pues sabete: (atiendan à esta condicional espantosa) *Si non fecisses, jam nunc preparasset Dominum Regnum tuum super Israel in sempiternum, sed nequaquam Regnum tuum ultra confurgat.* (1. Reg. 13. v. 13.) Si no huvieras hecho esto, si en esto no huvieras desobedecido à Dios, sabete, que desde hoy te perpetuára Dios en la Corona, y en el Reyno; pero yá porque en esto has desobedecido, te quitará Dios el Reyno, perderás la Corona. ¡Espantosa sentencial! ¿Por esto? Por una cosa, que parece tan ligera? Por una sola desobediencia? No solamente por esto, sino por lo que de esto se vá luego siguiendo, que fue poco perder Saúl el Reyno, sino perder su salvacion; y que es lo que se sigue? Mírenlo: señala Dios por sucesor en la Corona à David: he aquí la embidia en Saúl, porque disponiendo Dios suavemente que venga David à la Corte, que venza el Gigante, Saúl embidioso lo empieza à mirar con malos ojos, le procura la muerte, lo persigue por montes, y selvas. ¡Oh, qué de pecados! ¿Y pára en esos? No: sabe que algunos Sacerdotes le han dado acogida en la Ciudad de Nobe: dexase llevar de la rabia, y hace pasar à cuchillo ochenta y cinco Sacerdotes. ¡Oh, cómo vá creciendo la ruína! Hace matar todos los habitantes de Nobe, sin perdonar à viejos, mugeres, y niños, hace poner fuego à sus casas, hasta dexarlo todo en cenizas. Oh, cómo se vá aumentando el precipicio, que no cesa de uno en otro delito. Presentante batalla à los Filistéos: vese apretado, y él à sí mismo se quita la vida con su propia espada, y pierde de una vez el Reyno, el alma, la Corona, y la salvacion. En esto vino à parar aquella que parecia tan ligera desobediencia. En esto, Oh, qué espantosas palabras del Chrysofomo: *Deum Samueli non obtemperavit, paulatim atque paulatim labens non stetit, quosque ad ipsum perditionis barathrum se ipsum immisit.* (D. Chryl. hom. 87. in Matth.) Dexenmelo explicar con este similitud. Por el alto copete de una elevada montaña de los Desfrinos, refiere Olano Magno (Ap. Corn. in Eccles. c. 19. v. 1.) pasando de vuelo un pajarillo desquició de la punta un pequeño grumo de nieve: empezó aquel mansamente à deslizarse, y à cada vuelta que daba, iba aumentando el caudal en la nieve en que se revolvia; y à poco trecho, no cesando en sus vueltas, era un grande globo: profeguia, y creciendo à ese paso yá un peñasco

formidable, quanto mas crecido, mas cogia, y quanto mas pesado, mas se precipitaba, hasta que yá hecho todo un monte de nieve, haciendose camino por el estruendoso estrago de toda la arboleda, vino à oprimir todo un pueblo, que estaba à la falda. ¿Quién tal pensára, que para tanto estrago bastára el delicado pie de un pajarillo? Dirémos, que aquel lo hizo todo? Sí, y no. Sí porque aquel fue el principio de donde se siguió tanta ruína: y no, porque no fue el que por sí bastára.

¡Oh, quién al estar allí Saúl yá para hacer el sacrificio, y desobedecer à Dios, llegára, y le dixera: Detente Rey, mira lo que haces: detente, porque de esta accion que vás à hacer, pende el que pierdas para siempre la Corona, el que no goces el Reyno, y el que no consigas la salvacion: *Si non fecisses, si non fecisses.* Anda, quita, (respondria quizá) pues por una cosa de tan poca importancia, por una desobediencia tan mínima, se havia de seguir tanto? Anda, que esas son ponderaciones de escrupulosos, y vanos encarecimientos. No puede ser, no puede ser. Pues en verdad que yá vemos que así fue. Ahora, pues, Catholicos, deduzcamos de tan espantoso suceso lo que mira ácia nuestro particular provecho, y exclamemos temblando con San Gregorio el Grande: *Enquam magna perdidit, qui ut putabat nulla contempsit.* ¿Por tan poco perdido tanto? Por una desobediencia à la voz de Dios perdido un Reyno? y en un instante de tiempo malograda toda una eternidad? ¿Qué es esto? ¿Qué en aquel punto quiso Dios probar à Saúl, si le havia de ser fiel en lo venidero: que en aquel punto lo halló infiel; y que desde aquel punto no quiso darle los auxilios mas eficaces, que le tenia prevenidos, si allí le huviera obedecido. Es dueño, es señor absoluto: ¿quién le puede pedir la razon de esto? *Quis ei dicere potest, cur ita facis?*

Esto es, oyentes míos, el punto terrible de que pende la eternidad. Algunos piensan, que ese momento es solo aquel ultimo de la muerte, y por eso malogran tantos en el espacio de la vida. Pues no es así, que el momento de que pende la eternidad, à algunos se lo tiene puesto Dios en la niñez, à otros en la edad varonil, y à otros en la vejez. Con cada uno de nosotros ha hecho, y está haciendo Dios lo que allí hizo con Saúl. Está su Magestad diciendó allá en su soberano entendimiento: yo le inspiraré à aquel amancebado de tantos años, à aquella muger perdida, que yaya à oír tal sermón: si à esa inspiracion movido fuere, yo le moveré el corazon de modo, que se refuelva à dexar la amistad torpe: dexada ésta le haré facil el que se frecuente los Sacramentos: con esa frecuencia irá poco à poco arrancando los malos habitos de su alma, y plantando en ella virtudes: y aplicado así à vivir bien, le asistiré con mas especiales, mas repetidos auxilios, con que morirá en gracia, y logrará su salvacion con ventajas. Todo esto se irá siguiendo, si oyere esta primera inspiracion; pero si no la oye, ni

vá

va al sermón, profeguirá en su amistad torpe, se irá enredando mas cada dia, con que le parecerá imposible el dexarla, yo retiraré mis auxilios, él se endurecerá de modo, que ni atiende à los mayores golpes, hasta que cargado de culpas, en ellas le cogerá la muerte, y se condenará sin remedio. Yo, dice Dios, le inspiraré à aquel mancebo, que vive tan olvidado de mí, fiado en su mocedad, que se confiese en tal dia festivo: si oyendo esta inspiracion se confesare, yo le daré ternura, y compuncion de corazon para que muy de veras se arrepienta, para que se aparte de las malas companias que le inquietan, para que se retire del juego que lo pierde, para que huya de las cosas que lo precipitan: yo le iré haciendo dulce el retiro, suave los ejercicios de piedad; le dispondré luego aquel estado, en que viva quieto, pase seguro, y muera en gracia. Todo esto haré, si me atiende à esta inspiracion de confesarse; pero si no la oye, alzaré yo de mano à todo lo que le tengo prevenido: él profeguirá ciego en sus amistades, perderá lo que tiene en el juego: faltandole, se hará ladron oculto en la Ciudad, ò declarado en la campaña: quando él menos lo piense, ò allí morirá de un balazo, ò aquí con muerte repentina.

¡Oh, Dios! Estas son verdades certísimas, indubitables, al paso que terribles. Acá solo vemos algunas caídas, que bastan para llenarnos de horror, mas no podemos ver las causas; pero si ahora no las vemos, porque tiene Dios echado el velo à sus inescrutables secretos; el dia de el Juicio las veremos, quando, corriendonos Dios la cortina, nos mostrará à los unos los caminos por donde quiso salvarnos; y à los otros los precipicios por donde ellos quisieron condenarse: *Vias vita, & vias mortis*, que llama Jeremías; (12. v. 8.) ¡oh, Dios! entonces cuál quedarán los Justos, al ver por todos los pasos de su vida los peligros en que se vieron al filo de una eterna ruína! Algo explicaré este suceso. Un restico falió de su choza una tarde à hacer leña en un monte cercano, (Fr. Bart. de Medina) pasaba por medio un rio, que él pasó por una puente, estando yá en el monte cayó un poderoso aguacero, tal, que llenandose à aquel rio, con poderosa avenida, todo su cauce, se llevó la mayor parte de la puente, no dexando en ella sino una sola viga: llegó en esto la noche, y el rustico, cargando de su leña à su jumentillo, volviafe, llevandole por delante, hácia su choza, llegó al rio, seguro de que en él havia puente. Nada veía con las tinieblas de la noche, y entrandose el jumentillo por la viga, él fue en su seguimiento pasando. ¡Ah, hombre, si vieras por donde vás! Pasó en fin, llegó à su choza; pero la admiracion no acaba de creerlo viendolo. ¿Por dónde pasaste? Por la puente. No puede ser, que la ha llevado el rio. ¿Pues cómo pasé yo? Remite la porfia à ir todos à verlo. Encienden téas, ván al rio, descubren la viga; ves aquí por donde pasaste. Tanto afombro le causó, y tal horror, que de solo pensar su peligro, allí se quedó muerto. ¿Yá, pues, cuál será

para el justo en el dia del Juicio el pasmo, la admiracion, volviendo à ver por el espacio de su vida los peligros en que estuvo al filo de caer en el infierno? ¡Ah, diria entonces, si malogro yo en aquel dia aquella inspiracion; si pongo mal el pie, ¿dónde estuviera yo? Si desprecie aquel impulso, que allí me dió el corazon, mire lo que se huviera seguido! Oh, buen Dios, quan poco faltó en tal ocasion para que yo, en vez de entrar por el camino del Cielo, huviera echado por el del infierno! ¿Qué fuera de mí, si tú no me huvieras traído tan por la mano? *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulominus habitasset in inferno anima mea.* (Ps. 93. v. 17.) ¿Que de aquella resolucion con que yo me determiné en tal dia à dexar aquella recreacion peligrosa, me ha provenido toda esta eterna dicha? ¿Y qué? Si yo entonces no me huviera así determinado? *Habitasset in inferno anima mea.* Ahora estuviera yo en el infierno. Por el contrario, cómo bramarán los condenados al descubrir entonces, por quan poco les sucedió el perder el camino derecho del Cielo: *Viam civitatis habitaculi non invenerunt.* (Ps. 106. v. 4.) Ah, si yo, como me dictaba el corazon, huviera dexado aquella amistad. Ah, si yo, como me movia la conciencia, huviera restituido aquella hacienda. Ah, si yo huviera dexado aquella Comedia, aquel paseo, quando en tal dia tuve tantos impulsos de dexarlo. Entonces fue quando perdí tanto. ¡Ah, quién entonces lo huviera sabido! Y yá no hay remedio. ¡Miserable de mí! que me pareció, que era nada lo que despreciaba, y ahora veo que es infinito lo que perdí: *Quam magna dimisi, qui ut putabam nulla contempsit.*

De aquí se sigue, Padre, (me dirán) que si de lograr una sola inspiracion puede estar pendiente nuestra salvacion eterna, y no sabemos cuándo, ni cómo, ni cuál será esa inspiracion, se sigue, que siempre es menester estar en una atencion continua, en un incesante desvelo à quando Dios me llama, à si será esta aquella inspiracion, de que tanto pende. Será forzoso andar atentos siempre, cuidadosos à no malograr ocasion alguna: pues yo sé qual será aquella de que pende mi eterna dicha. Consequencia es esta, que al punto, al punto os la concedo toda: que cómo puedo yo negar verdad, que asientan las Divinas Escrituras: *Fratres* (nos dice mi Padre San Pedro) *magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocacionem, & electionem faciatis: hac enim facientes non peccabitis aliquando.* (Epistol. 2. Petr. 1.) Hermanos míos, en materia tan del todo grave no hay cuidado que sobre, andad siempre solícitos, atentos siempre para asegurar vuestra vocacion, y vuestra eleccion; ni os contentéis con qualquiera cuidado, sino con andar siempre mas, y mas cuidadosos: *Magis satagite.* Oh, (me dirán) que vemos muchos, que ni tienen esta solitud, ni cuidado, que de nada hacen caso, que viven muy divertidos, y pasan muy contentos. ¡Oh, mil veces desventurados! Yo no os niego eso; pero por eso son muchos los que se condenan. ¡Oh! que son

M

muy

muy raros los que vemos que atentos à las inspiraciones de Dios, à sus llamamientos, y avisos, viven con esas delicadas atenciones. ¡Oh mil veces dichosos! yo os concedo que son pocos, pero por eso son tan pocos los que se salvan.

Charissimi mei, nos voca S. Pablo, *cum metu, & tremore vestram salutem operamini: ad Phil. 2. v. 13.* Amadísimos míos, obrad vuestra salud con temor, y temblor; dá la razón el Apóstol: *Deus est enim que operatum in vobis velle, & perficere.* Porque es Dios el que en vosotros obra así los primeros principios del querer, como los dichosos fines de el acabar. ¿Y por esto havemos de andar siempre con miedo? temblando siempre? Antes parece que era esto el motivo mas fuerte para una confianza tan del todo segura, que jamás se nos afomára el miedo; porque si es Dios quien lo ha de hacer, ¿qué mayor seguridad? ¡Ah, oyentes míos! Reparad en lo que el Apóstol dice. Dice que lo ha de hacer Dios; pero que lo ha de hacer en nosotros, que nuestra voluntad ha de corresponder, cooperando con su inspiracion. Pues qué miedo tan justo, que si nuestra voluntad no corresponde, nada importará que Dios de su parte haga: si nuestra voluntad se está terca, nada hará en ella Dios. Pero aun mas espantoso motivo hay para temer, y temblar, explica nuestro insigne Cornelio, que si en el principio, que es el querer, el *velle*, no le correspondemos à Dios, ni su Magestad nos querrá corresponder para el acabar que es el *perficere*; que si à la primera inspiracion nos resistimos à su llamamiento, se dará su Magestad por defoblado para acudirnos en lo demás con sus auxilios: *Si enim cooperari negligatis, Deus quoque vos negliget, & gratiam suam subducat, nec ulterius in vobis operabitur secundum; tertium, aut quantum bonum velle, & perficere.*

Alto, pues, almas, si deseais vuestra salvacion, si en materia tan espantosa, como cierta, quereis que yo os dexé algun consuelo, este solo hay: temer à Dios en todo, acudir à Dios en todo, atender en todo à Dios, siempre con temor, siempre con susto: *Beatus homo qui semper est parvidus. (Prov. 28. v. 14.)* Dichoso aquél que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazon, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde à tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado, que como generoso Leon, perdonarás à quien debaxo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios, à quien reconocido de su nada adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones, y los auxilios de tu gracia?



DE LA MALICIA, Y GRAVEDAD del pecado mortal, por ser muerte de el Alma.

Punto señalado en la Semana de la Mision.

Viernes V. de Quaresma, año 1691.

Domine veni, & vide, & lacrymatus est Jesus. Joann. cap. 11.

SI solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida, que merece las lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Christo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que haviendola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, & gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo à la vida, si no las ocasiona su lástima, pues que aun mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et lacrymatus est Jesus.* Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar à Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam.* Y la tercera llora desde la Cruz por todo el mundo: *Cum clamore válido, & lacrymis.* Así van subiendo el motivo triste à sus lágrimas, la causa lastimosa à su llanto: de un hombre à una Ciudad, de una Ciudad à todo un mundo: igual debe ser la causa, que en un hombre solo le motiva sus lágrimas à Dios, que la que en todo un mundo le ocasiona su llanto. Sí, dice San Cyrilo, llora Christo en un hombre solo juntas, y amontonadas todas las desdichas, y un mundo: llora en un mundo todas las desdichas de un hombre; y llora en un hombre solo todo un mundo de desdichas. Porque llora el pecado, que si bastó à dexar todo un mundo muerto, ¿qué podrá hacer su veneno en un hombre solo? Llorra Christo, dice San Ambrosio, una alma, que muerta en el pecado, vé que no le ha de costar solo la sangre de sus venas; y por eso, viendo su dureza, vierte de sus ojos las lágrimas. Llorra Christo, dice Andrés Cretense, no tanto à Lázaro en el sepulcro difunto, quanto à los circunstantes Judíos, que, al parecer vivos, tienen sus almas en el pecado muertas. Y si vé el Señor, que en éstas, por su pertinacia, han de quedar frustrados sus méritos, sin fruto el inmenso valor de su muerte, y sin conseguir su remedio el infinito precio de su sangre, ¿qué le queda à Dios sino llorar,

rar, llorar? Lloren las lagrimas de mis ojos, lo que por la dureza de los hombres no se ha de restaurar ni con la sangre de mis venas.

Así, pues, alma, que por el pecado mortal, sirviendote ese cuerpo de sepultura, estás muerta: *Anima, que peccaverit, ipsa morietur*: à tí te hace el mismo Dios las exequias: por tí es el llanto, por tí los gemidos, por tí las lagrimas, porque despreciando con tu pecado su sangre, si no la admite tu dureza, tienes en el pecado la mas horrible, la mas espantosa, y la mas formidable muerte. Esto, pues, solo de la inmensa malicia, de la gravedad imponderable, de la fealdad suma del pecado mortal, quiero ponderar este rato. No diré, que compitiendo con el mismo Dios su malicia, se dilatan inmensos sus malignos fenos, al paso que Dios, à quien se oponden, se estienden sin termino las perfecciones infinitas. No diré, que amontonadas quantas desventuras ha tenido el mundo en dolores, enfermedades, deshonras, hambres, y miserias, todas juntas no son mas que un pequeño rasguño del formidable Leon del pecado. No diré, que si desde la tierra hasta el Cielo Empireo se fueran amontonando las calaberas, y huesos de quantos hombres han muerto, y morirán en el Universo, todas juntas no son mas que un corto redito del principal de su veneno: *Scipiendum peccati mors.* No diré, que todo un infierno de llamas, de horrores, de tormentos sin fin, y sin termino, todo junto no es mas que una sombra de la espada sangrienta de un pecado. No diré, que sube su malicia hasta el mismo Trono de Dios, que baxa su peso hasta mas allá del infierno; y que se dilata su gravedad por mas que todos los espacios del mundo, y de los Cielos. ¡Oh, qué tres medidas tan sin medida de su malicia! Mas solo digo, que el pecado es la muerte del alma; que por ésta el mismo Dios vierte sus lagrimas; ¡Oh, y recabe siquiera el merecido horror, el imponderable medio, el justo sentimiento que merece en nuestros corazones! Hoy lo hagas tú, criatura la mas bella, que sola exempta de todo el linage de Adán, de este universal veneno te reservó toda la mano de Dios, para que tú contra él nos repartas la gracia. *AVE MARIA.*



Domine veni, & vide, & lacrymatus est Jesus. Joan. ubi supra.

VER, y llorar, lo uno se sigue de lo otro; mas como no vén nuestros ojos qual es de el pecado la inmensa malicia, por eso nos brotan perennes de nuestros ojos las lagrimas. Abrióse los à Adán la culpa; mas aun con todo eso no havia conocido qual era su malicia, dice Nicolao de Lyra, hasta que vió delante de sí à su querido Abél ya difunto. Entonces la novedad triste, el horror, el sentimiento, el pasmo, al vér aquel primer semblante de la muerte que no havia visto,

el rostro pálido, los ojos sin luz, cárdenos los labios, sin movimientos los miembros, el cuerpo todo helado, horrible, y yerto. ¿Esto es (dixo levantando el gemido) esto es lo que hizo mi pecado? ¡Oh, maldito pecado! Y entonces, soltando la corriente à las lagrimas, no cesó de llorar en cien años continuos. ¿Qué fuera, si como vió la muerte del cuerpo en Abél, huviera visto en Caín la muerte del alma? Esta quisiera yo representaros hoy, para que acompañarais en las lagrimas, no yá à Adán, sino à Christo. Mas yá que no la vén nuestros ojos, por lo que sucede en la muerte del cuerpo, la ha de ponderar nuestra Fé.

Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Dios para el alma. Muere el cuerpo al punto que le falta el alma, y muere el alma al punto que le falta Dios: *Anima amissa mors corporis, Deus amissus mors anima*, dixo el grande Agustino. ¿Ahora, pues, qué sucede en la muerte del cuerpo? Tres lastimosas pérdidas. Porque, lo primero, pierde el hombre al punto que espira, riquezas, bienes, puestos, y todo quanto tenia en el mundo: el que era Rey, pierde al punto que espira el Reyno, y la Corona: el que era Pontífice, pierde al punto que espira toda la autoridad con la Tyara: el que era poderoso, y rico, yá de todas sus riquezas no tiene nada. Lo segundo, se pierden con la muerte todos los ejercicios, y funciones de la vida, ni vé el cadaver, ni oye, ni se mueve, ni alienta, ni respira. Lo tercero, pierde todo su sér, reduciendose al punto el cuerpo de una en otra mudanza à gáfanos, podredumbre, à tierra, à nada. Así lo vén nuestros ojos.

Pues atiendolo así nuestra Fé en la muerte de el alma por el pecado mortal, en que discurriré esas mismas tres pérdidas, como tres puntos de una meditacion provechosa. Lo primero, pierde el alma sus meritos adquiridos. Lo segundo, pierde la vida de la gracia. Lo tercero, pierde à Dios, y con Dios pierde todo su sér. ¡Oh, qué tres pérdidas! que aunque se juntáran en una todas las lenguas de los Angeles, jamás acabarían de explicarlas. Pero empecemos, oyendo al mismo Dios al capitulo diez y ocho de Ezequiel: *Si averterit se justus à justitia sua, & fecerit iniquitatem, omnes justitia ejus, quas fecerat, non recordabuntur.* Si el Justo, dice Dios, si el mas Santo, si el mas lleno de meritos, y de virtudes hiciere un pecado solo, aunque sea en medio de las tinieblas de la noche, en lo mas retirado de un desierto, en lo mas hondo de una cueba, al punto todos quantos meritos huviere juntado, quantas penitencias, quantas buenas obras, todas, todas *non recordabuntur*, quedarán en eterno olvidado, no servirán de nada, serán perdidas, sean las que fueren. Señor, sean las que fueren? Y por un solo pecado mortal? Por uno solo. ¡Oh! ponderad esto, Cathólicos.

Y para que forméis algun concepto, poned que huviera un hombre de ochenta años, que desde niño, todo entregado à virtud, huviera ad-